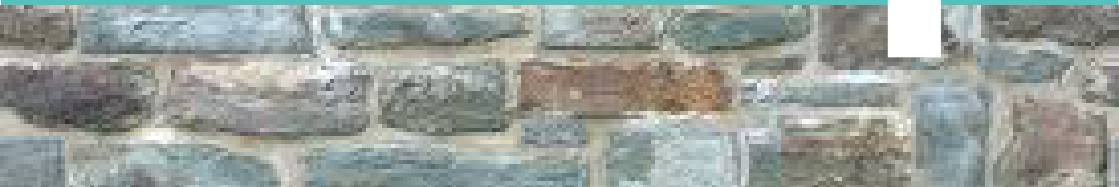


Orden Franciscana Seglar

Nuestra Regla y Vida

Itinerario Franciscano para la Formación
OFS Argentina 1998-2001
Reedición 2014

4



Texto de la Regla

Artículo 4.

La Regla y la vida de los Franciscanos seculares es ésta: guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo siguiendo el ejemplo de san Francisco de Asís, que hizo de Cristo el inspirador y centro de su vida con Dios y con los hombres.

Cristo, don del amor del Padre, es el camino hacia Él, es la verdad en la cual nos introduce el Espíritu Santo, es la vida que Él ha venido a traer abundantemente.

Los franciscanos seculares dedíquense asiduamente a la lectura del Evangelio, pasando del Evangelio a la vida y de la vida al Evangelio.

Contemplación:

“NUESTRA REGLA Y VIDA ES: VIVIR EL EVANGELIO”

Se cuenta que Francisco, al escuchar en una misa el Evangelio de Mateo 10,1-12, quedó iluminado por él. Como de este Evangelio brota el carisma franciscano, recomendamos contemplarlo una y otra vez, hasta sentir en nuestro corazón, lo que nos quiere decir a nosotros, hoy y aquí.

Para Francisco significó vestirse de un saco con capucha, como los campesinos, amarrarse una cuerda y lanzarse por los caminos a vivir la vida evangélica que acababa de leer. ¿Cómo será hacerlo hoy? ¿Cómo leer los signos de los tiempos?

“El Señor mismo lo ha decidido. El Evangelio será nuestra única inspiración y legislación, no sólo para nosotros sino también para los que quieran incorporársenos. ¡En marcha, hermanos! Que el Evangelio recupere bajo los pies de ustedes toda su frescura y novedad. Gloria al Gran Dios y Altísimo Señor Jesucristo que, en su misericordia nunca desmentida nos ha trazado el sendero, y abierto las puertas del mundo”. (Ignacio Larrañaga, “El hermano de Asís”)



Es cierto que la vida espiritual de cualquier Congregación religiosa está basada en el Evangelio, pero en nuestra Orden esto tiene sus características particulares:

- a) Para nosotros la Regla es el texto del Evangelio entendido “pura y simplemente”. Con la pureza y simpleza del Espíritu Santo. Nuestra escuela es, pues, la oración contemplativa, para que el Señor nos hable en su Evangelio y no “escuchemos” nuestros ruidos interiores, es decir, nuestras propias “maneras de entender” la Palabra de Dios.
- b) Francisco se miró en Cristo, en sus hechos, en sus actos humanos y trató de reproducirlos en su propia vida fielmente. Así también nosotros, leyendo y releendo con el corazón los acontecimientos que van de la Encarnación a la Pasión, nos dejamos empapar por esta gracia y transformar por Cristo.
- c) El Evangelio no es “libremente” interpretado por nosotros. Estamos insertos en la Iglesia. De ella y el Espíritu que la conserva y vivifica tomamos nosotros nuestra “visión evangélica”

Francisco estaba consumido por la pasión del Evangelio. Encontraba a un Jesús vivo y actuante en cada palabra. Cuando hablaba de seguir el Evangelio “a la letra” quería decirnos: tomen las palabras como el Señor las pronunció, no con el sentido adulterado que les da la prudencia humana. Y pensemos bien en nuestra experiencia de fe. Cuántas veces nos interpelan las exhortaciones de Jesús, o sus preguntas: “Amen a sus enemigos”, “¿Por qué me pegas?”, “Entonces, todo lo que ustedes desearían de los demás, háganlo con ellos”. Y ¿qué respuesta damos? Si no hacemos lo que Él nos enseña es, seguramente, porque estamos adulterando sus mensajes con nuestra prudencia humana.

Francisco amaba tiernamente a María, la Señora pobre, porque veía en ella la perfecta discípula de Jesús, el modelo más acabado de vida Evangélica. Y esta perfección de la Madre viene de su silencio interior, de su estar vacía de todo para recibir al Verbo y darle su carne.

De este sagrado ejemplo hemos de nutrir nosotros nuestra vida Evangélica: Encarnando los valores, no predicándolos con nuestra boca. Esta es la maravilla de Dios, el don de su generosidad: Ha revelado las cosas perfectas a los pobres y sencillos y las ha ocultado a los sabios y prudentes. Cualquier persona, aún la más simple y menos preparada puede ser Evangelio viviente, puede ser transparencia de Jesús. Basta con amar hasta dar la vida, como Él nos enseñó. Pero esto no es igual para cada uno de nosotros...

¿Cómo vivir el Evangelio siendo quién soy?

a) CONOCIÉNDOLO. Leyendo y escuchando asiduamente la palabra de Dios. Especialmente en fraternidad.

b) Nuestra vida franciscana tiene que identificar estas tres palabras: SER, VIR, EVANGELIZAR.

El verdadero hermano menor es el mártir porque es verdadero amador, verdadero pobre, obediente, que ha dado cima a su vida evangélica convirtiéndola en el mejor pregón del Reino.

Siguiendo su ejemplo, entonces, proponemos:

“VIVIR UN EVANGELIO”

TOTAL: Que en nuestra vida estén escritas todas sus páginas, aún las más difíciles y exigentes.

AUTÉNTICO: Que sólo tenga las palabras de Cristo, sin glosas que neutralicen su fuerza inmensa.

HEROICO: Que los hombres pueden intuir lo hermoso que es vivir la gracia con un corazón puro, amar y sufrir por la justicia.

ILUSTRADO: Con nuestros ejemplos. Demostrar con la vida que el Evangelio es POSIBLE, HERMOSO Y BELLO.

EN FRATERNIDAD: Que aparezca la imagen de Cristo en el amor mutuo que nos profesamos, la paciencia con que nos tratamos y la alegría con que nos acogemos.

c) **PROCLAMAR EL EVANGELIO** con nuestra boca, en alabanzas y exhortaciones, consejos y opiniones fundadas en las enseñanzas que recibimos en la Iglesia. Debemos ser predicadores prudentes, valerosos y caritativos.



Preguntaba Pablo VI en la 2da. sesión del Concilio Vaticano II: ¿De dónde partimos, a dónde vamos, con quién vamos?

Los Franciscanos queremos responder:

Partimos de Cristo, de su Evangelio; vamos al Padre, por Cristo y su Evangelio; y caminamos, tomados de la mano, los hermanos, unidos a Cristo.

No hay otro Camino, Verdad y Vida que Cristo. El Evangelio es nuestra gran riqueza y será buena Nueva al mundo si nuestra vida, como franciscanos, es buena y es nueva.”.

(Tomado de un comentario a la Regla de la O.F.S. hecho en Italia).



ACTIVIDADES

Por el Evangelio cristificamos nuestra vida. Cristificando nuestra vida evangelizamos la cultura, que es volver al mundo al Evangelio. Y visto con estos ojos no son pocas nuestras posibilidades. ¿Qué estamos haciendo con él?

- ¿Estamos yendo, en realidad, del Evangelio a la vida y de la vida al Evangelio?
- ¿Qué renunciaciones tenemos que hacer todavía para poder lograrlo?
- ¿Estamos dispuestos, hoy y aquí, o el Señor tiene que seguir llamando y esperando como un menesteroso a las puertas de nuestro corazón?

Contemplación: Cristo, el inspirador y centro de la vida...

SER Y VIVIR COMO JESÚS

“La meta final de toda oración es la transformación del hombre en Jesucristo. Cualquier trato con Dios que no conduzca a esta meta es inconfundiblemente evasión alienante. A la meta nunca se llega, cierto. Pero la vida deberá ser un proceso de transfiguración: cambio de una figura por otra.

Somos una piedra tosca que el Padre ha extraído de la cantera de la vida. Sobre esta piedra el Espíritu Santo tiene que esculpir la figura deslumbradora de nuestro Señor Jesucristo. Toda la vida con Dios se dirige a esto; y esto la justifica: repetir otra vez en nosotros los sentimientos, actitudes, reacciones, reflejos mentales y vitales, la conducta general de Jesús.”

(Ignacio Larrañaga, “Muéstrame tu rostro”)

SUPERVIVENCIA

Día tras día, el discípulo hacía la misma pregunta: «¿Cómo puedo encontrar a Dios?» Y día tras día recibía la misma y misteriosa respuesta: «A través del deseo».

«Pero ¿acaso no deseo yo a Dios con todo mi corazón? Entonces, ¿por qué no lo he encontrado?»

Un día, mientras se hallaba bañándose en el río en compañía de su discípulo, el Maestro le sumergió bajo el agua, sujetándole por la cabeza, y así le mantuvo un buen rato mientras el pobre hombre luchaba desesperadamente por soltarse.

Al día siguiente fue el Maestro quien inició la conversación: «¿Por qué ayer luchabas tanto cuando te tenía yo sujeto bajo el agua?» «Porque quería respirar».

«El día que alcances la gracia de anhelar a Dios como ayer anhelabas el aire, ese día le habrás encontrado».

(Anthony de Mello, S.J. “¿Quién puede hacer que amanezca?”)

Fragmentos de las fuentes franciscanas

a. Amparado por María, Francisco descubre la senda evangélica:

“Mientras moraba en la iglesia de la Virgen, madre de Dios, su siervo Francisco e insistía, con continuos gemidos ante aquella que engendró al Verbo lleno de gracia y de verdad, en que se dignara ser su abogada, al fin logró -por los méritos de la madre de misericordia- concebir y dar a luz el espíritu de la verdad evangélica.” (LM 3,1)

b. Leyendo y meditando la Sagrada Escritura:

“Recordaba las palabras de Jesús en asidua meditación, y con profunda contemplación consideraba sus obras. Dos temas más que otros le absorbían, hasta tal punto que apenas podía pensar en otra cosa: la humildad manifestada por Cristo en la Encarnación y su amor patentizado en la Pasión.” (1C. 84)

“La Cruz de Cristo servía de libro a los hermanos; día y noche repasaban en la mente su misterio, contemplándolo sin cansarse jamás, a ejemplo de su Padre, y siguiendo las instrucciones que les daba en las prolongadas conversaciones que al respecto tenían.” (LM 4,3)

“Quiero que mis hermanos sean discípulos del Evangelio y que de tal modo adelanten en el conocimiento de la verdad, que crezcan al mismo tiempo en la pureza y la sencillez, de suerte que no separen nunca “la sencillez de la paloma” de “la prudencia de la serpiente”, virtudes ambas que en sus labios unió el divino Maestro.” (LM. 11,1)

“El espíritu de la Sagrada Escritura vivifica a los que no se atribuyen a sí mismos la ciencia que poseen o desean poseer, sino que de palabra y obra rinden con ella homenaje al Altísimo a quien pertenece todo bien.” (Adm 7, 4)



c. El Evangelio como forma de vida:

“Un día que se leía en la capilla de la Porciúncula el relato evangélico de cómo Jesús envió a sus discípulos a predicar... cuando Francisco oyó que los seguidores de Cristo no deben poseer oro ni plata ni dinero alguno, ni llevar alforja o saco para el camino, ni bastón ni pan, que no deben tener calzado ni dos túnicas, que han de predicar el Reino de Dios y la penitencia- al punto, exultando de gozo en el Espíritu Santo, exclamó: “¡Esto es lo que yo quiero! ¡He aquí lo que busco, lo que con todo mi corazón ardientemente anhelo cumplir!” (1 C. 22)

Actividades - oración:

En la cita precedente se lee que Francisco se encontró absolutamente identificado con la convocatoria del Evangelio de Jesús... **“¡Esto es lo que yo quiero! ¡He aquí lo que busco, lo que con todo mi corazón ardientemente anhelo cumplir!”**

1. Busca el Evangelio y comienza a recorrerlo, seguramente encontrarás algún pasaje con el que alguna vez te hayas encontrado identificado plenamente, sintiendo que el Señor a vos mismo te hablaba por medio de él...
2. Realiza un tiempito de oración personal en torno a esa convocatoria que el Señor te vuelve a realizar por medio de su Palabra.
3. Ya hemos visto a Francisco respondiendo radicalmente a estas mociones del Espíritu Santo en su vida. Realiza un propósito (a tu alcance) que te lleve a encarnar este llamado que el Señor te hace por medio de su Palabra hoy.

